ARCHIVOS
de historia del movimiento obrero y la izquierda

ISSN 2313-9749
ISSN en línea 2683-9601
Año XV, n° 29, pp.79-100
septiembre de 2026-febrero de 2027

El momento antifascista en América Latina. Una mirada comparada sobre los inicios del frentepopulismo comunista en Argentina y México (1934-1937)

Gabriel Piro Mittelman

Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina
gabrielpiro90@gmail.com
Orcid: 0000-0003-2352-1194

Título: The Antifascist Moment in Latin America: A Comparative Look at the Beginnings of Communist Popular Frontism in Argentina and Mexico (1934–1937)

Resumen: Este artículo examina comparativamente la adopción y el desarrollo de la política de Frente Popular por parte del Partido Comunista de Argentina (PCA) y el Partido Comunista Mexicano (PCM) entre 1934 y 1937, en el marco del giro promovido por el VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935. A partir de un enfoque que triangula escalas nacionales, trasnacionales y globales, se analizan tres dimensiones: la redefinición del enemigo fascista, la política de alianzas y el posicionamiento frente al régimen político. El argumento central sostiene que la política frentista no fue ni una imposición mecánica desde Moscú ni una mera adaptación a condiciones locales, sino el resultado de tensiones permanentes que produjeron soluciones específicas e irreductibles.
Palabras clave: Frente Popular – Antifascismo – Partidos Comunistas – América Latina

DOI: https://doi.org/10.46688/ahmoi.n29.559

Obra bajo licencia Creative Commons 4.0 International
(Atribución - NoComercial - CompartirIgual)

Abstract: This article offers a comparative examination of the adoption and development of the Popular Front policy by the Argentine Communist Party and the Mexican Communist Party between 1934 and 1937, within the framework of the turn promoted by the Communist International's Seventh Congress in 1935. Using an approach that triangulates national, transnational, and global scales, it analyzes three dimensions: the redefinition of the fascist enemy, the politics of alliances, and the positioning toward the political regime. The central argument holds that the Popular Front policy was neither a mechanical imposition from Moscow nor a mere adaptation to local conditions, but rather the result of permanent tensions that produced specific and irreducible solutions.
Keywords: Popular Front – Antifascism – Communist Parties – Latin America

Recepción: 27 de mayo de 2026. **Aceptación:** 26 de agosto de 2026

* * *

La política de Frente Popular, adoptada por la Internacional Comunista (IC) en su VII Congreso de 1935, reorientó a los Partidos Comunistas (PPCC) a nivel global hacia la lucha antifascista. En respuesta a la expansión nazi, la IC propuso alianzas con sectores "progresistas" de la burguesía, la pequeña burguesía y las corrientes socialdemócratas del proletariado, abandonando la línea "clase contra clase" (1928-1934). La confrontación sectaria de aquella etapa daba lugar a la dicotomía fascismo/democracia, habilitando el pasaje del clasismo a la conciliación entre clases (De Felice, 1984; Graham y Preston, 1987; Hájek, 1984; Pons y Smith, 2017; Traverso, 2009; Vigreux y Wolikow, 2026; Worley, 2004). En América Latina, esas transformaciones adquirieron contornos específicos determinados por la heterogeneidad de los sistemas políticos, la diversidad de las tradiciones obreras y la distinta inserción de cada país en el orden geopolítico (Becker *et al.*, 2023; Caballero, 1987; Concheiro *et al.*, 2007; Herrera González, 2017; Jeifets y Schelchkov, 2018).

El presente artículo examina comparativamente el proceso de adopción y desarrollo de la política frentepopulista en dos de los PPCC más relevantes de la región: el Partido Comunista de Argentina y el Partido Comunista Mexicano, en los años iniciales de su implementación, entre 1934 y 1937. Los casos fueron elegidos no solo por su magnitud dentro del comunismo latinoamericano sino porque actuaron en sistemas políticos estructuralmente distinguibles, lo cual permite explorar la diversidad de la política frentista en marcos institucionales contrastantes. El punto de partida es el período inmediatamente anterior al VII Congreso y el de llegada corresponde al momento en que, coincidiendo con hitos locales e internacionales, la lógica frentista se fue consolidando como elemento estructurador de su práctica política. Nuestro abordaje de la orientación de Frente Popular adquiere un sentido amplio, pues no

la entendemos únicamente como una definición política sino como un conjunto de transformaciones morfológicas, opciones tácticas, formas de inserción y reconfiguraciones ideológicas que se derivaron de ella.

Si bien esta orientación ha sido analizada parcialmente en algunos casos nacionales de PPCC latinoamericanos, prácticamente no existen trabajos que hayan ofrecido una mirada más amplia, que trascienda las fronteras nacionales pese a su incuestionable impacto en el desarrollo de la IC y sus organizaciones en América Latina (Álvarez Vallejos, 2017; Camarero y Ceruso, 2020; Marván, 1977; Piro Mittelman, 2025; Schelchkov, 2018). Consideramos que un primer acercamiento a ese esfuerzo lo puede aportar la historia comparada, en diálogo con la historia transnacional y global, en la medida en que permite yuxtaponer experiencias de cuyos contrastes pueden comenzar a desprenderse interrogantes, observarse dinámicas y repensar debates (Alexander y Graham, 1989; Berger, 2026; Coelho Prado, 2012; Puigsech Farras, 2025; Skocpol y Somers, 1980). Por otra parte, los estudios sobre el comunismo en la región han madurado, lo que hace factible este ejercicio. Aquí sintetizamos aportes de una amplia bibliografía reciente, alejándonos de una mirada monográfica sobre el asunto, con los riesgos y beneficios que ello implica (Camarero, 2020; Carr, 2007; Illades, 2017; Pasolini, 2013; Petra, 2017; Piro Mittelman, 2021, 2025; Reynoso y Crespo, 2025).

A diferencia de otros objetos de comparación, los PPCC deben ser analizados al mismo tiempo como parte de una unidad mayor, en donde lo que se compara no son casos aislados de un mismo fenómeno, sino también fragmentos contextuados de una misma organización, en este caso la IC (Anderson, 1984). Esta complejidad obliga a triangular permanentemente el análisis entre las distintas geografías, atendiendo a Buenos Aires, Ciudad de México, Moscú y otros centros desde los cuales irradió la política frentepopulista.

Desde este punto de vista, y atendiendo a la tensión entre lo nacional y lo internacional, sostenemos que no se trata de una mirada paralela, sino de indagar cómo la orientación del Frente Popular fue recibida y reconfigurada en condiciones locales, dialogando con tradiciones políticas diferenciadas (Dreyfus *et al.*, 2000). Este enfoque permite superar tanto el riesgo del excepcionalismo, que reduce cada experiencia a sus particularidades, como el del determinismo cominternista, que subsume toda variación local bajo la lógica de Moscú.

Dicho esto, debemos precisar qué elementos específicos apuntamos a comparar, pues la extensión de este artículo nos obliga a un recorte. Teniendo en cuenta que nuestra indagación se centra en una historia política en sus cruces con la historia social, podemos señalar que una de las diferencias estructurales más significativas entre los dos casos radica en el entramado político en el que los comunistas debieron actuar.

Argentina contaba con un sistema de partidos relativamente consolidado, con la Unión Cívica Radical (UCR), el Partido Socialista (PS) y el Partido Demócrata Progresista (PDP) como actores opositores de peso, aunque atravesado por la crisis institucional abierta con el golpe de 1930 y sostenido mediante el fraude sistemático durante la llamada Década Infame, momento en el cual el liberalismo conservador retornó mediante la fuerza al gobierno. México, en cambio, era un régimen de partido hegemónico, heredero de un largo derrotero iniciado con la Revolución Mexicana. El Partido Nacional Revolucionario (PNR) había logrado canalizar la mayor parte de la vida política en su interior, de modo que la lucha por el poder se libraba fundamentalmente dentro de sus filas y no en una arena multipartidaria. Esto incluía, además, una serie de disputas entre los sectores dominantes, que representaban a sus distintas facciones. En ambos casos la presencia del capital imperialista tomó formas diversas, teniendo una mayor gravitación de Estados Unidos en el caso mexicano, y de Gran Bretaña en el caso argentino, aunque ambas potencias tenían intereses en el conjunto de América Latina. A lo largo de este artículo intentaremos sostener que estas diferencias tuvieron consecuencias decisivas para las orientaciones de cada partido.

Partiendo de ese marco general, el artículo examina tres dimensiones comparativas. La primera de ellas concierne a la redefinición del "enemigo" que realizaron ambos PPCC: en la medida en que la política de Frente Popular obligó a definir quiénes eran los representantes del fascismo en cada país, ambos partidos se vieron en la necesidad de precisar sus análisis en torno al régimen político, los partidos, los actores sociales y qué lugar ocupaban en la dicotomía fascismo/democracia. La segunda dimensión examina la política de alianzas y los obstáculos, rechazos y concesiones que cada partido encontró en su intento de efectivizar el Frente Popular. Finalmente se analiza el posicionamiento ante el régimen político entendido como el conjunto de la dinámica institucional, de la arena sociopolítica sobre la cual se proyectaba su acción y su programa. Teniendo en cuenta estos elementos, la pregunta que recorre el texto es: ¿qué similitudes y diferencias aparecen entre ambas experiencias y qué nos dice ello sobre las formas que adoptó la política de Frente Popular en los PPCC de América Latina?

El argumento central sostiene que, si bien la política de Frente Popular respondió a una línea general definida por la IC, su aplicación concreta se caracterizó por tensiones permanentes vinculadas a las condiciones locales de cada país. Estas produjeron, en cada caso, soluciones específicas, modificando no sólo sus sistemas de alianzas sino sus formas de construcción identitaria, sus lenguajes políticos e incluso la postulación sobre sus fines últimos como organización. Comparar esas soluciones permite comprender mejor, a la vez, los alcances de las

directivas cominternistas y la potencia de los condicionamientos nacionales sobre las estrategias de los partidos comunistas en este momento crítico de la primera mitad del siglo XX.

El Partido Comunista de Argentina

Hacia inicios de los años 30, la Argentina atravesaba una crisis de grandes proporciones. El derrumbe de los precios de las materias primas había hecho tambalear el modelo agroexportador, y el orden construido durante los gobiernos radicales se quebró con el golpe militar de José Félix Uriburu en 1930. En el terreno político, se inauguró una etapa de práctica sistemática del fraude electoral y de represión estatal. Para la clase obrera, la crisis significó despidos masivos, reducción de salarios y un feroz aparato persecutorio que debilitó sus organizaciones. No obstante, el experimento corporativista de Uriburu no logró apoyos sociales significativos y cedió su lugar al gobierno de la Concordancia, confluencia de conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes, encabezados por Agustín P. Justo. Este gobierno, representativo de los sectores tradicionales vinculados al capital británico, desplegó una combinación del modelo agroexportador tradicional con una industrialización sustitutiva de importaciones que, pese a su carácter parcial, resultó decisiva para la transformación de la clase obrera urbana.

Sobre esa base el PCA, pese a la semiclandestinidad, mantuvo e incrementó su influencia obrera, con una acción combativa y sectaria, propia de la etapa de Clase contra Clase. Esta orientación partía de la idea de que la revolución en un país "atrasado" como Argentina sería democrático-burguesa, antifeudal y antiimperialista. Dado el carácter reaccionario de la burguesía, su dirección correspondía al proletariado aliado al campesinado, excluyendo a los sectores medios. En consecuencia, toda organización inserta en el régimen burgués era "fascista" o facilitadora de su acción, idea que se aplicaba por igual a socialistas y radicales bajo el término "socialfascismo".

De ahí que el giro frentepopulista del PCA implicase un viraje brusco respecto de sus concepciones previas. La Conferencia Nacional de Avellaneda, que adoptó formalmente las tesis del VII Congreso de la IC, representó un quiebre en la orientación partidaria, que debió reevaluar muchos elementos de su práctica en los años previos.

La redefinición del enemigo fue la primera operación necesaria, en la medida en que la dicotomía fascismo/comunismo comenzó a ceder al par fascismo/democracia. La Tercera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos en 1934 ya había mostrado las dificultades para identificar qué actores locales encarnaban esa amenaza (Schelchkov,

2018), dificultad que también enfrentaría el PCM en su propio viraje. En América Latina, la presencia de distintas potencias imperialistas complejizaba la cuestión. Si el imperialismo alemán (eje de las críticas de la IC) era fascista y la principal amenaza expansionista a nivel mundial, el británico y el estadounidense no podían ser caracterizados de igual modo. Esto habilitó una definición universalista y relativamente abstracta del fascismo, asociada al totalitarismo y al anticomunismo, que podía manifestarse en cualquier país en función de sus condiciones locales, restando relevancia a la cuestión imperialista.

Siguiendo esta línea, una elaboración significativa de esta etapa fue la del joven dirigente comunista Ernesto Giudici. Según su lectura, el fascismo era una fuerza surgida en los países imperialistas que tendía a expandirse primero en la burguesía y luego en las capas medias, pero estas podían ser neutralizadas mediante su incorporación a la "lucha democrática". Esta incluía un componente psicológico, una batalla por las conciencias, de la cual se derivaba una nueva actitud aliancista: "La conciencia es previa a la acción y la conciencia de la unidad es previa a la unidad".[1] Esta visión, que dotaba al fascismo de una presencia espectral, habilitó a identificarlo con focos muy precisos: los grupos nacionalistas como la Legión Cívica, el uriburismo, algunos gobernadores, jueces y generales, e instituciones culturales como la Biblioteca Nacional (bajo la gestión de Martínez Zuviría) y la Academia de Letras. En el terreno económico, se asociaba a los *trusts*, al Banco Central y a las Juntas Reguladoras que perjudicaban a los productores agrarios, entendidos como signos de dirigismo y "corporativismo fascista". El imperialismo, por su parte, dejó de ser un bloque homogéneo; Gran Bretaña y Estados Unidos comenzaron a aparecer más diluidos como blancos de denuncia. La burguesía, antes considerada reaccionaria en bloque, comenzó a ser fragmentada. Surgieron así la "burguesía liberal" (opuesta al estatismo totalitario), la "burguesía nacional" (con intereses contrapuestos al capital extranjero) y la "burguesía democrática" (enfrentada al fraude electoral). El senador Lisandro de la Torre, dirigente del PDP, era la expresión de la primera; la UCR, de la última. Estas definiciones, sin duda, entraban en tensión con la tradición previa del partido, generando algunos debates internos que fueron sofocados por la dirección partidaria.[2] Es decir, el PCA comenzó a sofisticar su mirada de la realidad nacional (y de su historia, como veremos más adelante) estableciendo una paleta de matices y detalles que antes pertenecían a un paisaje monocromo. Resulta interesante anticipar que meses después, el PCM ensayaría una fragmentación análoga sobre el PNR.

---

1. *Contra-fascismo*, 25 de abril de 1936.

2. *1936 Revista*, junio de 1936.

El trasfondo ideológico de este viraje fue la reivindicación de la democracia en términos abstractos, desvinculada de la estructura social. El PCA debía presentarse como parte de una tradición que enlazaba la Revolución de Mayo, la Constitución de 1853 y la Ley Sáenz Peña de 1912. El balance partidario reconocía que las libertades democráticas previas a 1930, aunque imperfectas, eran "una conquista indiscutible de las luchas del pueblo argentino".[3] En la medida en que la defensa de la democracia se volvía el centro de la acción partidaria, eso conllevó la búsqueda por reconfigurar el sistema de alianzas sostenido hasta entonces, haciéndolo extensivo a las "fuerzas democráticas", particularmente el PS y la UCR, los cuales vieron con desconfianza este precipitado giro.

Hacia mediados de la década, el PS tenía fuerte arraigo sindical y parlamentario y el PCA lo había reducido a la rúbrica de "socialfascista" debido a su prédica reformista y sus vínculos con la II Internacional (Camarero y Herrera, 2005; Ceruso, 2023). Desde su lectura, resultaba un crimen que el PS buscase tender vínculos con la UCR, fuerza asociada a las masacres contra el proletariado durante los gobiernos de Hipólito Yrigoyen y Marcelo T. de Alvear, este último ubicado ahora como líder partidario. Sin embargo, la nueva orientación marcaría un giro en esta concepción. El cambio se expresó ya en abril de 1935, cuando con motivo del 1° de mayo, el Comité Central del PCA resolvió recomendar a todos sus afiliados y simpatizantes que "se vuelquen por la mañana al mitin de la CGT, y por la tarde al del PS".[4] Además, el PC le quitó la rúbrica de fascista a la UCR, comenzando a definirla como "fuerza democrática" e incluso colocándola dentro del amplio campo de las izquierdas. Esta ubicación iba de la mano de un fuerte gesto unionista en el movimiento obrero, en la medida en que el PCA disolvió sus organizaciones sindicales nucleadas en el Comité de Unidad Sindical Clasista, dentro de la Confederación General del Trabajo (CGT), la principal central sindical del país con fuerte presencia de socialistas y *sindicalistas*.

Esta voluntad de acercamiento chocó, sin embargo, con una desconfianza generalizada. *La Vanguardia*, órgano del PS, advertía que "los nuevos ultracolaboracionistas se entregan a las facciones burguesas democráticas, que nada tienen de socialistas, con un desinterés admirable".[5] Una actitud similar exhibieron los radicales, señalando que aquellas transformaciones ideológicas del PCA tendían a confundir y perturbar, "máxime cuando se saben inspiradas en móviles no siempre sinceros".[6]

---

3. *Informe presentado al IX Congreso del PCA*, 10 de enero de 1938.

4. *La Internacional*, 1 de mayo de 1935.

5. *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1936.

6. *Hechos e Ideas*, agosto de 1935.

Para disipar esas dudas, el PCA debió realizar concesiones explícitas. En las elecciones legislativas de la Capital Federal de 1936, imposibilitado de participar y ante la negativa socialista de incorporar comunistas en sus listas, llamó a votar a los candidatos socialistas. El PCA ofreció incluso cesar las críticas a la dirección socialista y limitar su acción sindical para forzar el acercamiento, priorizando las acciones comunes dentro del movimiento obrero.[7] El PS, no obstante, mantuvo sus reparos. Su resolución señalaba que la diversidad de fuerzas tornaba al movimiento "en un medio propicio para la confusión y la difusión de todos los extremismos", privilegiando una búsqueda de alianzas con el radicalismo, al cual consideraba indispuesto ante este tipo de propuestas.[8]

Respecto al radicalismo, el giro de 1935 resultó aún más drástico. Si en 1932 el PCA sostenía que no existían diferencias significativas entre la UCR y el uriburismo, en 1935 la calificaba como un partido opositor democrático burgués de "base popular" y buscaba un acuerdo con su dirección. Se trataba de equiparar a la UCR con el resto de las fuerzas amenazadas por el fascismo, en la medida en que este, desde 1930, también había visto cercenadas sus posibilidades de intervención pública.[9] Incluso cuando se denunciaban las concesiones radicales al imperialismo, el PCA insistía en que "el radicalismo sigue siendo la fuerza de empuje democrático que habrá que apoyar e impulsar",[10] bajo la idea de que era la única corriente capaz de reunir los votos para desplazar en elecciones democráticas al gobierno de la Concordancia.

El Comité Nacional de la UCR rechazó formalmente la invitación en septiembre de 1936, argumentando que el PCA "según es obvio, no acepta el orden político, jurídico y social que establece la Constitución Argentina", y que las reivindicaciones proletarias "son de alcance progresivo y no catastróficos, pudiendo conseguirlas por los medios que brinda la Constitución". La respuesta comunista fue una nueva afirmación de fe constitucionalista en tanto el partido quería marchar junto a la UCR "no para implantar en el país la dictadura del proletariado", sino para asegurar el cumplimiento "celoso y leal" de la Constitución Nacional.[11]

De este modo, si en 1930 la defensa de las libertades democráticas aludía al reclamo contra la represión, hacia 1935 comenzó a asociarse directamente con la defensa de la democracia en general y con el rechazo al fraude sobre los partidos opositores. Este giro fue acompañado de

---

7. *La Internacional*, primera quincena de diciembre de 1935.

8. *Contra-fascismo*, agosto-septiembre de 1936.

9. *Avanzan. Organicemos el Frente Popular para defendernos*, folleto, julio-agosto 1935.

10. *Contra-fascismo*, enero-febrero de 1937.

11. *La Internacional*, 3 de septiembre de 1936.

una intensa actividad "unionista": actos en Rosario con participación del PDP, PS, UCR y PCA; mítines antifascistas con oradores radicales, socialistas y comunistas; y un vínculo permanente con la acción parlamentaria opositora. El acto del 1° de mayo de 1936 constituyó el punto más alto de esta confluencia. La convocatoria reunió por primera vez a radicales, socialistas, comunistas, demoprogresistas, la CGT y la Federación Universitaria Argentina. Tres elementos de contexto son clave para interpretar el hecho. Primero, fue posterior a la gran huelga de la construcción de enero de ese año, uno de los hitos de la combatividad obrera del período. En ese marco, el respaldo comunista a la movilización frentista representó un explícito pronunciamiento de institucionalización de aquella dinámica insurreccional. De hecho, en la tribuna, Lisandro de la Torre sintetizó así el nuevo espíritu: "antes la voz de orden era 'trabajadores del mundo uníos', mientras que hoy la misma voz de orden debe ser 'hombres libres de todo el mundo uníos'".[12] Es decir, el sujeto proletario daba paso a un más difuso sujeto ciudadano. Pero lo más relevante es que el propio PCA, o bien aceptó, o bien dejó correr esa definición. Por otro lado, el acto coincidió con el triunfo del Frente Popular en Francia, que fortaleció al Partido Radical francés como partido "del orden" y atenuó la oleada huelguística en aquel país, generando cierto entusiasmo entre socialistas y radicales argentinos, que veían en ello cierta viabilidad de la política aliancista. Finalmente, el acto se produjo en simultáneo con el triunfo de la oposición parlamentaria encabezada por la UCR, que acababa de impugnar las elecciones fraudulentas de Buenos Aires, Mendoza y Corrientes.

En ese contexto, el discurso del comunista Paulino González Alberdi permite cristalizar la política destinada a acreditar la nueva identidad del partido. Este celebró la coordinación de los sectores democráticos en el Parlamento y vinculó directamente los atentados a las libertades obreras con el cercenamiento de los derechos constitucionales. Pero sobre todo buscó disipar las dudas sobre el carácter del comunismo apelando al ejemplo internacional:

> Un gran país, regido por un gobierno notoriamente comunista, es hoy el aliado fraternal de las grandes democracias del mundo. [...] [Estos hechos] muestran bien que el comunismo no es perturbador, disolvente, subversivo [...] sino ordenador, unificador, constructivo.

Y remataba afirmando que el PCA "no rehúye de los comicios, sino que los ambiciona, no repudia la actuación parlamentaria sino que la

12. *La Vanguardia*, 3 de mayo de 1936.

busca. Persigue en todas partes la actuación pública y franca." La defensa del partido pasó a exponerse así en clave legalista, pues el comunismo no representaba ya "ningún peligro para la patria",[13] marcando un antes y un después en su actitud pública ante el conflicto social.

En síntesis, tras la aplicación de su política frentista, el PC efectuó durante los primeros meses un marcado viraje: desde un rechazo e impugnación al conjunto del régimen político e institucional por considerarlo burgués, hasta hacer esfuerzos y concesiones explícitas por estar integrado en diversos ámbitos del mismo, sin por ello clausurar las tensiones preexistentes. Los comunistas buscaron alejarse de la imagen de un partido clandestino, minoritario, excluido y vinculado a la acción directa del proletariado, para presentar públicamente la idea de una organización respetuosa de la Constitución Nacional, de la patria, de la democracia burguesa y de sus instituciones. Los signos de radicalidad política debían ser censurados en pos de demostraciones sobre lo legítimo de sus intenciones, ante la sospecha del resto del espectro político sobre la fugacidad de sus definiciones. El acto del 1° de mayo de 1936 sintetizó esta nueva ubicación, en tanto el PC demostró públicamente que su acción no se alineaba con la insurrección callejera de enero de aquel año, sino con fortalecer el proyecto del radicalismo de ubicarse como la fuerza capaz de vencer en las urnas al justismo en 1937. Si bien la alianza no se concretó, el PCA reorientó sus fuerzas durante 1937 a apoyar la candidatura de Alvear, sellando así un nuevo momento de su historia.

El caso argentino ilustra cómo un partido comunista en un sistema multipartidista fraudulento buscó su legitimidad desde fuera del régimen, una vía opuesta a la que ensayaría el PCM.

El Partido Comunista Mexicano

Hacia inicios de los años 30, México atravesaba las secuelas de la crisis económica mundial, que había golpeado al país generando desempleo y conflictos sociales. Políticamente, el país se encontraba bajo el Maximato, período en el que Plutarco Elías Calles ejercía el control tras bambalinas, mientras el PNR se consolidaba como partido hegemónico que canalizaba la mayor parte de la vida política en su seno.

La represión estatal y las persecuciones a opositores eran moneda corriente, y numerosos comunistas fueron recluidos en las Islas Marías. En esos años, el PCM orientaba su acción, no sin dificultades y con cierto retraso respecto a otras secciones latinoamericanas, en torno a la ya comentada política de Clase contra Clase (Jeifets y Reynoso

13. *La Internacional*, 3 de septiembre de 1936.

Jaime, 2014). Al igual que para el PCA, la distinción entre regímenes democráticos y fascistas quedaba anulada, y los sectores medios y la socialdemocracia eran considerados fuerzas reaccionarias, cuando no directamente "socialfascistas".

El PNR era visto como representante de los intereses del imperialismo y considerado el instrumento "fachistizante" de las clases dominantes. Tanto los Camisas Doradas, grupo de choque financiado por el expresidente Abelardo Rodríguez, como los Camisas Rojas, crecientemente vinculados a Lázaro Cárdenas, eran denunciados como distintas expresiones de grupos "fachistas" que canalizaban las pugnas internas del PNR (Backal, 1995). La campaña electoral de 1934, en la que Hernán Laborde, dirigente del PCM, fue candidato presidencial por el Bloque Obrero y Campesino, se realizó bajo estas premisas. Aunque Laborde reconocía que no se podía esperar nada de la democracia burguesa, la agitación electoral debía servir para consolidar la independencia "política, ideológica y orgánica" de la clase obrera.

El triunfo de Lázaro Cárdenas en las elecciones de aquel año fue interpretado inicialmente como una simple continuidad del régimen; sin embargo, el PCM debió dar cuenta de que algunos elementos de la situación nacional estaban cambiando. La recuperación económica, asentada en la devaluación del peso y el alza del precio de la plata, desplazó la atención desde las luchas contra la desocupación hacia los sectores estratégicos (petroleros, electricidad), que protagonizaron conflictos en esta etapa. Por otra parte, la distensión de la represión hacia el comunismo permitió incrementar la tirada de su órgano de prensa, *El Machete*, y ampliar el diálogo más allá de las células clandestinas. Además, los ataques de los Camisas Doradas contra locales y miembros del PCM pusieron en el centro de la actividad partidaria la necesidad de un arco defensivo más amplio.

Un ejemplo de los elementos continuistas que los comunistas mexicanos señalaban, se observa en el hecho de que inicialmente se opusieron con severidad a dos de las políticas centrales del gobierno, tanto la llamada Educación Socialista como el Plan Sexenal. Mientras la primera fue impugnada por representar los valores burgueses y confundir sobre el hecho de que una verdadera "educación socialista" sólo sería posible derribando al capitalismo, el segundo era considerado como la continuidad del callismo y la apuesta de los "millonarios del PNR" por la "fachización" del país en todos los órdenes en pos de ir a la guerra en apoyo a Estados Unidos.[14] Los comunistas identificaban la intervención estatal con el fascismo europeo, pues no había planificación virtuosa en el capitalismo, solo en la URSS. De ahí que medidas como

14. *El Machete*, 20 de noviembre de 1934.

el otorgamiento de créditos a los campesinos o el establecimiento de salarios mínimos fueran consideradas como medidas "demagógicas" que apuntaban a engañar al pueblo. La pelea por demandas cotidianas tenía que devenir en una perspectiva anticapitalista para que fuese efectiva.

Sin embargo, en la segunda mitad de 1934 comenzó a percibirse un sutil pero significativo movimiento en la política de alianzas. El PCM planteó la posibilidad de suspender los ataques a dirigentes sindicales dispuestos a encabezar una acción común contra el fascismo. Aunque seguía priorizando la acción "por abajo", se empezó a contemplar la posibilidad de acuerdos con organizaciones y líderes locales.[15] La Juventud Comunista, en su pleno de octubre de 1934, llamó a salir del sectarismo y actuar en las organizaciones de masas, en lo que sería el inicio de un acercamiento a las juventudes socialistas.[16]

Estas variaciones respondían tanto a las señales provenientes de Moscú (ingreso de la URSS a la Sociedad de las Naciones, primeros ensayos de acercamiento con el socialismo francés y español, discusiones en la Tercera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos en Moscú) como a las transformaciones del escenario local. El ascenso de Cárdenas había abierto un proceso de reconfiguración del movimiento obrero, en el que diversas centrales sindicales pugnaban por la hegemonía y del cual los comunistas no querían quedar aislados. A esto se sumó una sofisticación en la caracterización del tablero político. El PCM comenzó a señalar que algunas de las políticas sociales cardenistas, aunque demagógicas, eran producto de la "presión de las masas" y de las pugnas entre callistas y cardenistas. Esta diferenciación implicaba reconocer que el cardenismo era un sector con intereses propios que, circunstancialmente, podía apoyarse en las masas para disputar el poder. Por primera vez, la prensa comunista refirió la existencia de "masas cardenistas", lo que suponía admitir que la identidad política de los trabajadores mexicanos estaba en disputa y no era monopolio del partido.

El resultado de este viraje fue la constitución, en junio de 1935, del Comité de Defensa Proletaria, integrado centralmente por la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOM) de Lombardo Toledano, la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) dirigida por el PCM, y sindicatos como los de ferrocarrileros y electricistas. Para los comunistas, se trataba de la cristalización de su nueva política de Frente Único. Sin embargo, el Comité planteaba interrogantes profundos: ¿cuál sería el programa efectivo de esa confluencia? ¿Era posible denunciar a la derecha del PNR apoyándose en "las masas cardenistas" y al mismo tiempo mantener una política independiente del régimen?

---

15. *El Machete*, 10 de septiembre de 1934.

16. *Revolución,* abril de 1935.

El séptimo punto de las bases constitutivas del Comité estipulaba que las agrupaciones firmantes estaban "en contra de la colaboración con la clase capitalista" y que ajustarían "sus actos a una táctica eminentemente revolucionaria y bajo el principio de la lucha de clases".[17] La insistencia del PCM en destacar este punto era síntoma de la incomodidad en que se hallaba: formalmente no había abandonado su retórica anticapitalista, pero en los hechos se acercaba a líderes y organizaciones antes acusados de reformistas y colaboracionistas.

A partir de julio de 1935, *El Machete* comenzó a registrar un viraje más profundo. El concepto de Frente Popular Antiimperialista reemplazó al de Frente Único, asociándose ya no únicamente a la defensa de los derechos obreros sino también al resguardo de las libertades democráticas del pueblo mexicano. La referencia casi exclusiva a obreros y campesinos comenzó a ampliarse hacia otros sectores, incluyendo a los "propietarios en pequeño" y, más adelante, a industriales y propietarios nacionales "progresistas" junto a sectores del Ejército.

Este desplazamiento fue acompañado por una relectura del fenómeno imperialista y fascista. Este dejó de estar directamente ligado a un sustento económico-clasista para ser identificado con un modo de actuar autoritario y dictatorial. Además, al igual que en el caso argentino, respondía a sectores específicos que se vinculaban con el capital imperialista norteamericano, particularmente sus sectores monopolistas, pero no con el conjunto del gobierno estadounidense. *El Machete* editorializaba que "concentrar los ataques contra el callismo no significa apoyar a Cárdenas de ninguna manera", sino que implicaba distinguir las libertades democráticas que se habían abierto durante el cardenismo, distintas a las de los métodos de "dictadura reaccionaria" del callismo, y que significaban la base de posibilidad para desplegar su acción.[18] Este análisis no sólo distinguía al callismo del cardenismo, sino que introducía diferencias dentro del propio gobierno de Cárdenas y entre éste y las "masas cardenistas". Para el PCM se debía acompañar la experiencia de lucha de las masas y canalizarla hacia el Frente Popular. La nueva táctica requería conservar la integridad de clase del partido y evitar que la dispersión en lo popular debilitase las filas comunistas, pero sin al mismo tiempo recaer en el sectarismo previo.

La asimilación de estos cambios no fue lineal. La propia debilidad organizativa del PCM (fuerte rotación de militantes, dificultades para la circulación de la prensa, monolitismo de la dirección en torno a Laborde) generaba tensiones. Un ejemplo de estas dificultades fue la discusión en la seccional de Jalapa de la cual se informaba que había revelado

17. *El Machete*, 26 de junio de 1935.

18. *El Machete*, 17 de agosto de 1935.

"el bajo nivel político de la mayoría de los miembros de nuestro Partido. [...] Por lo que se refiere al General Cárdenas, había la creencia entre algunos camaradas, de que nuestro Partido apoyaba incondicionalmente su Gobierno".[19] Aunque se aclaraba que esto no era así, el informe evidenciaba la confusión despertada por el giro.

Todos estos cambios requirieron de una nueva interpretación histórica sobre el rol del PNR en la estructura social y política mexicana. En octubre de 1935, los delegados mexicanos al VII Congreso de la IC sostenían que el principal error del PCM había sido considerar al PNR como un partido fachistizante y al Plan Sexenal como un programa de "fachistización". La nueva lectura afirmaba que el PNR no era un bloque homogéneo de multimillonarios y terratenientes al servicio del imperialismo, sino que también albergaba a sectores de la burguesía industrial y comercial con intereses opuestos al dominio extranjero y capaces de bregar por la independencia económica. El carácter del PNR era fluctuante en función de la relación de fuerzas en su interior, y el PCM debía actuar para impulsar a sus alas "progresistas". Es decir, la sofisticación en el análisis de la vida política local estaba íntimamente relacionada con la orientación política que se buscaba adoptar. La realidad comenzaba a ser vista desde el prismático del frentepopulismo.

Al igual que en el caso argentino, esta operación fue acompañada por un redescubrimiento de la historia nacional. Si durante el período previo el PCM había rechazado el "patrioterismo" y enfatizado una lectura crítica de la Revolución de 1910 y del zapatismo, ahora los comunistas se reapropiaron de esas tradiciones, trazando una línea histórica de luchas progresivas que iba de Hidalgo a Cárdenas, pasando por Emiliano Zapata. Símbolos antes impugnados como la Virgen de Guadalupe, la Constitución de 1917 y la bandera tricolor fueron revalorizados. Se trataba de construir la idea de que el Frente Popular era la continuación lógica de las luchas históricas del pueblo mexicano por su liberación (Jiménez Martínez, 2007).

En el marco de ese giro, hacia comienzos de 1936, el PCM podía suponer que nadaba a favor de la corriente. La fundación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en febrero de ese año (bajo el ala de Lombardo Toledano, el cual tenía vínculos propios con Moscú), la expulsión de Calles del país y el freno a la actividad de grupos "reaccionarios" en distintas localidades fueron interpretados como signos de un corrimiento a izquierda de la situación política. En el plano internacional, los triunfos frentepopulistas en Francia y España, así como la política de ayuda del gobierno cardenista a la República española, daban sustento a esta percepción.

---

19. *El Machete*, 14 de diciembre de 1935.

En ese marco, el PCM buscó acelerar la conformación de un Frente Popular que, a diferencia de lo ocurrido en el caso argentino, centrado en la búsqueda de alianzas entre partidos, debía incluir ineludiblemente al PNR, que había logrado canalizar la mayor parte de la vida política en su interior. El gobierno de Cárdenas pasó a ser caracterizado como un gobierno de los sectores burgueses "nacionalistas, progresistas, democráticos, antirreaccionarios y opuestos al imperialismo", que se apoyaba en la pequeña burguesía y las masas trabajadoras. La permanencia de ese gobierno en el poder comenzó a ser considerada un objetivo en sí mismo de la Revolución Mexicana. El PCM pasaba así de una posición ofensiva, la necesidad de un nuevo gobierno revolucionario, a una defensiva, que priorizaba la estabilidad del gobierno cardenista por encima de sus "vacilaciones".[20]

Esta reubicación tuvo profundas implicancias para la identidad del PCM. Según Laborde, el partido seguía siendo "desde el punto de vista de clase" el partido del proletariado, pero "desde el punto de vista general de la Revolución Mexicana y de sus tareas" era, o debía ser, "el partido del pueblo".[21] Como vimos en el caso del PCA, operó también en el caso mexicano esta mutación en el sujeto de enunciación de sus objetivos, siendo el más difuso actor ciudadano, o el pueblo, el reemplazante del proletariado. En consonancia, la lucha antiimperialista se moderó, y se planteó que era posible un entendimiento con Estados Unidos para asegurar mercados a los productos mexicanos, "como nosotros debemos asegurar también mercado a los suyos".[22] La liberación nacional se circunscribía crecientemente a la defensa del régimen frente a la amenaza reaccionaria.

Pese a estos esfuerzos, hacia fines de 1936 el Frente Popular no terminaba de cristalizar. En las elecciones internas del PNR para diputados en 1937, la candidatura de Laborde por el 5° Distrito fue rechazada, mostrando los límites de la apertura del partido oficial. Además, la llegada de León Trotsky a Tampico en enero de 1937, acogido por el gobierno cardenista, colocó al PCM en una posición incómoda, en tanto debía responder a la campaña antitrotskista dictada por Moscú sin poner en riesgo la relación con el gobierno. La acusación de "trotskismo" fue utilizada como herramienta de disciplinamiento interno y, a la vez, como factor de tensión con la CTM y el propio Cárdenas. Vale señalar que un dispositivo similar operó en el PCA desde 1937, cuando

---

20. *El Machete*, 29 de enero de 1936.

21. Informe sobre el primer punto del orden del día del VI Congreso del PCM, 21-25 de enero de 1937.

22. *El Machete*, 17 de junio de 1936.

la campaña antitrotskista sirvió de herramienta de autocontrol interno (Piro Mittelman, 2021).

En junio de 1937, el pleno del Comité Central del PCM adoptó la línea de "Unidad a toda costa", que radicalizó las tendencias previas y terminó de volcar la fuerza obrera comunista en el proyecto cardenista (Izquierdo, 2002; Spenser, 2007). El diagnóstico era que el fascismo alemán e italiano redoblaban su agresividad, y que México era vulnerable a los intentos reaccionarios de desestabilización. La política democrática del presidente estadounidense Roosevelt permitía "la cooperación de los países Latino-americanos con el Gobierno de los Estados Unidos", lo que consolidaba el desplazamiento del imperialismo norteamericano como enemigo principal.

En ese marco, el PCM aceptó disolver el Comité Organizador del Frente Popular Mexicano y dejar la iniciativa en manos de la CTM, es decir, de Lombardo Toledano, así como cesar la lucha fraccional en los sindicatos. La resolución del pleno fue explícita:

> Si el Frente Popular se constituye sin el Partido los comunistas apoyarán ese movimiento, y participarán en él a través de las organizaciones en que actúan. Porque el Frente Popular así formado, aunque incompleto, sería un paso adelante y una fuerza muy considerable.[23]

Finalmente, en septiembre de 1937, el Buró Político estableció que los comunistas debían adherirse individualmente al PNR, ofreciendo su cooperación para que el Frente Popular se desarrollase a partir de su iniciativa. Este giro no cerró las contradicciones abiertas en los tres años anteriores, pero les dio una resolución provisoria que marcaría la fisonomía del PCM en la etapa siguiente. En términos comparativos, ambos partidos enfrentaron la presión soviética hacia el frente populismo y resolvieron sus tensiones internas integrándose a marcos políticos burgueses, aunque, como analizaremos, por vías estructuralmente distintas.

Similitudes, diferencias y dinámicas generales

Una primera definición que surge de la observación de ambos casos es que el Frente Popular fue un campo de tensión entre los lineamientos soviéticos y las configuraciones locales. Si aquellos explican el viraje de conjunto, en el sentido de haber sido su motor y su norte estratégico, su despliegue concreto se asentó en especificidades nacionales, lo cual

23. Vittorio Codovilla, alias Pérez, 1 de agosto de 1937. Informe del Pleno del CC del PCM.

supuso definiciones y elaboraciones políticas específicas a cada organización.

En los dos países, el giro frentista exigió una operación teórica de gran envergadura, que implicaba acotar la definición del fascismo, que en el período de Clase contra Clase era extensiva a la burguesía y el imperialismo en su conjunto. Tanto el PCA como el PCM trasladaron el énfasis desde una definición clasista hacia una definición política, asociada al autoritarismo y a los métodos represivos, e identificaron a ese enemigo con núcleos muy precisos de la vida nacional.

Esto implicó también un cambio en la forma de articular esta nueva definición con la cuestión del imperialismo, que hasta entonces había sido el eje vertebrador de su política. El PCA desplazó progresivamente la lucha antiimperialista hacia un segundo plano, al punto de que hacia el final del período aquella resultaba compatible con la reivindicación de un orden "democrático" que había sido el marco de la inserción argentina en el mercado mundial como agroexportadora. La idea de que la liberación nacional se podía entrelazar con la mera defensa de las libertades democráticas permitió al PCA abstraer las relaciones de dominación económica y concentrar sus denuncias en los núcleos fascistas locales. El PCM, en cambio, operó en un contexto donde la lucha antiimperialista conservaba un lugar central en la retórica gubernamental del cardenismo y también en las luchas obreras (varias de ellas concentradas en sectores estratégicos del capital estadounidense). Pese a esto, también allí la categoría se fue modificando, pues el gobierno de Roosevelt pasó de ser considerado el imperialismo enemigo a una potencia democrática con la que era posible cooperar. La tensión entre la retórica antiimperialista y la necesidad de no perturbar los alineamientos geopolíticos de la URSS se resolvió, en ambos países, con una creciente abstracción del concepto. No obstante, la cuestión resultó mucho más sensible en el caso mexicano, donde el cardenismo absorbió gran parte de esa retórica.

El contraste más visible entre ambas experiencias residió en la arquitectura del sistema político en que cada partido debió buscar aliados. Argentina poseía un sistema de partidos relativamente consolidado en el campo opositor, con una UCR que era la fuerza mayoritaria, un PS con arraigo sindical y parlamentario, y un PDP de peso regional. En ese escenario, el PCA buscó una alianza externa, intentando convencer a esos partidos de su propia mutación hacia un partido del orden constitucional. El PCA llegó a ofrecer su influencia sindical como garantía, apoyó electoralmente a los socialistas, y luego a los radicales, y se comprometió a cesar las críticas a sus direcciones. En México, por el contrario, el PNR había logrado canalizar la mayor parte de la vida política en su interior, y difícilmente podía pensarse un Frente Popular que no lo incluyese. El PCM, por tanto, no buscó una alianza con un partido

externo equivalente a la UCR, sino que intentó penetrar orgánicamente en el partido gobernante, ofreciendo la adhesión de sus militantes y presionando por su transformación interna. Allí donde el PCA se esforzaba por ser reconocido desde fuera, el PCM aspiraba a ser absorbido desde dentro, tendiendo lazos también con organizaciones obreras fuertemente asociadas al cardenismo, cuestión que facilitó el tránsito hacia alianzas efectivas. De este modo, mientras el PCA conservó, a pesar de todo, una identidad partidaria visible que sería crucial en los años siguientes, el PCM se aproximó a una disolución de su perfil político integrándose casi completamente hacia 1937 en el PNR. Los grados de autonomía logrados por el primero fueron mayores que los del segundo, en gran medida condicionados por los avatares del sistema político en que estaban insertos. Sin embargo, esto no debe absolutizarse, si pensamos que años más tarde, cuando el PCA debió posicionarse ante un escenario dicotómico de la política argentina, tampoco actuó de forma autónoma.

En ambos casos este giro implicó una relectura del pasado nacional y de su estructura social, lo cual nos habla de un giro más profundo, menos coyuntural y no solo atado a los zigzags de la política soviética. La necesidad de legitimar el giro obligó a ambos partidos a reescribir su relación con las historias nacionales y a insertarse en tradiciones democráticas de larga duración. Para el PCA, se trataba de reivindicar el orden constitucional liberal en una operación que suponía aceptar el marco de la democracia burguesa como terreno legítimo de lucha. Para el PCM, la reivindicación histórica apuntaba a la Revolución Mexicana en curso y a su líder, conllevando que la historia nacional quedase identificada con un líder y un partido que no eran los propios y cuya continuidad lógica se cristalizaba en el gobierno de Lázaro Cárdenas.

Y esto nos lleva a un punto nodal de la comparación, referida a que cada partido lidió con la necesidad de hacer coexistir su apertura policlasista con su identidad proletaria. Tanto el PCA como el PCM habían construido su inserción sindical durante la etapa de Clase contra Clase mediante centrales propias y mediante la práctica de organizar fracciones combativas en los sindicatos reformistas. El acto del 1° de Mayo de 1936 escenificó esa opción, en tanto el PCA se alineó con la oposición parlamentaria del radicalismo en lugar de profundizar la dinámica insurreccional que había emergido en la huelga de la construcción de enero. En México, la renuncia fue más profunda porque no se realizó como gesto transitorio hacia un aliado externo, sino como principio de subordinación a un proceso político más amplio. La política de "Unidad a toda costa" de 1937 implicó disolver el Comité Organizador del Frente Popular Mexicano y dejar la iniciativa a Lombardo Toledano. En ambos casos lo que primó fue una creciente dilución de su identidad proleta-

ria (no necesariamente de su composición) en función de una retórica centrada en lo "ciudadano" y en el "pueblo".

De este conjunto de diferencias se desprende una distinción adicional, referida a la forma en que cada partido habitó el tránsito de la impugnación a la integración en el régimen político. El PCA enfrentaba un régimen fraudulento que, sin embargo, mantenía formalmente los mecanismos de la democracia liberal, y en el cual el partido era ilegal. Su integración consistió, por tanto, en una lucha por la legalidad, que incluía presentarse como un partido viable para actuar dentro de un régimen de mayores libertades democráticas. El obstáculo principal era la desconfianza de los otros partidos, y la integración implicaba ser aceptado como un miembro más del arco opositor con la hipótesis de que podía integrarse a un eventual gobierno encabezado por el radicalismo. El PCM, en cambio, operaba en un régimen que se definía a sí mismo como revolucionario y que toleraba la acción comunista siempre que no amenazase la estabilidad gubernamental. Su integración no consistió en luchar por la legalidad, que en buena medida ya poseía, sino en diluirse en el proceso político cardenista. El obstáculo principal no fue la desconfianza de otros partidos, sino la condición de subordinación que estableció el PNR para aquel acercamiento. La incorporación fue, en México, más exitosa en términos de acceso al Estado, pero más costosa en términos de preservación de una identidad política autónoma. Sin embargo, en ambos casos, los partidos comunistas carecieron de una perspectiva propia, equidistante de los bandos dominantes en pugna, pues la subsunción del conflicto en la dicotomía fascismo/democracia, cercenó la posibilidad de presentar una alternativa anclada en la autonomía política y de clase. En el caso argentino, esto supuso subordinar su horizonte a la disputa entre el radicalismo y la Concordancia; en el mexicano, a la pugna entre cardenismo y callismo dentro del propio PNR. En ambos casos, la identidad comunista quedó supeditada a definirse dentro de una polaridad ajena, antes que a articular un proyecto propio de acumulación de fuerzas.

La política de Frente Popular representó una transformación profunda de la cultura política comunista en América Latina. La ampliación de alianzas reformuló lenguajes, tradiciones y formas de legitimación. El antifascismo operó como un proceso de nacionalización de las identidades comunistas. Las diferencias en los sistemas políticos y en los grados de integración estatal explican por qué el PCA conservó más autonomía que el PCM, aunque ambos subordinaron su perspectiva de clase a la dicotomía fascismo/democracia. Queda pendiente explorar cómo estas configuraciones iniciales incidieron en sus trayectorias posteriores durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría.

Bibliografía

Alexander, M. y H. Graham (eds.) (1989). *The French and Spanish Popular Fronts: Comparative Perspectives*. Cambridge University Press.

Álvarez Vallejos, R. (2017). El Partido Comunista de Chile en la década de 1930: Entre "clase contra clase" y el "Frente Popular". *Pacarina del Sur*, 31.

Anderson, P. (1984). La historia de los partidos comunistas. En R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista* (pp. 150-168). Crítica.

Backal, A. (1995). Los Camisas Do"radas en la época de Lázaro Cárdenas. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 20, 39-64. https://doi.org/10.1080/08263663.1995.10816718.

Becker, M., M. Power, T. Wood y J.A. Zumoff (2023). *Transnational Communism across the Americas*. University of Illinois Press.

Berger, S. (2026). *Historia e identidad. Cómo la teoría histórica moldea la práctica histórica*. Prometeo.

Caballero, M. (1987). *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943*. Nueva Sociedad.

Camarero, H. (2020). ¿Una CGT para el Frente Popular democrático y antifascista?: El Partido Comunista de la Argentina y el movimiento sindical durante la Segunda Guerra. *Avances del Cesor*, 17 (22), 149-171.

Camarero, H. y D. Ceruso (2020). *Comunismo y clase obrera hasta los orígenes del peronismo*. Eudem-GEU.

Camarero, H. y C. Herrera (2005). *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Prometeo.

Carr, B. (2007). La crisis del Partido Comunista Mexicano y el caso Trotsky 1939-1940. En E. Concheiro, M. Modonesi y H.G. Crespo, *El comunismo: Otras miradas desde América Latina*. UNAM.

Ceruso, D. (2023). *El nudo gordiano. El Partido Socialista argentino y el movimiento obrero en los años treinta*. Grupo Editor Universitario.

Coelho Prado, M.L. (2012). América latina: Historia comparada, historias conectadas, historia transnacional. *Anuario de la Escuela de Historia*, 24, 9-22.

Concheiro, E., M. Modonesi y H.G. Crespo (2007). *El comunismo: Otras miradas desde América Latina*. UNAM.

De Felice, F. (1984). Introducción. En *Fascismo, democracia y frente popular. VII Congreso de la Internacional Comunista*. Pasado y Presente.

Dreyfus, M., B. Groppo y C. Ingerflom (eds.) (2000). *Le siècle des communismes*. Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières.

Graham, H. y P. Preston (eds.) (1987). *The Popular Front in Europe*. The Macmillan Press.

Hájek, M. (1984). *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*. Crítica.

Herrera González, P. (2017). *El comunismo en América Latina: Experiencias*

militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955) (1a. ed.). Universidad de Valparaíso.
Illades, C. (ed.) (2017). *Camaradas. Nueva Historia del comunismo mexicano*. Fondo de Cultura Económica.
Izquierdo, J.G. (2002). El PCM y la nacionalización del movimiento obrero durante la presidencia de Lázaro Cárdenas. *Bajo el Volcán*, 2 (4), 161-180. https://doi.org/10.32399/ICSYH.bvbuap.2954-4300.2002.2.4.88
Jeifets, V.L. e I. Reynoso Jaime (2014). Del Frente Único a clase contra clase: Comunistas y agraristas en el México posrevolucionario, 1919-1930, *Izquierdas*, 19, 15-40.
Jeifets, V. y A. Schelchkov (2018). *La Internacional Comunista en América Latina. En documentos del archivo de Moscú*. Ariadna Ediciones.
Jiménez Martínez, A.A. (2007). El discurso de los comunistas mexicanos en torno a la historia nacional durante el sexenio cardenista. *Secuencia*, 69, 85-114. https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i69.1019
Marván, I. (1977). El Frente Popular en México durante el cardenismo. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 89.
Pasolini, R. (2013). *Los marxistas liberales: Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*. Sudamericana.
Petra, A. (2017). *Intelectuales y cultura comunista: Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. FCE.
Piro Mittelman, G. (2021). La Internacional Comunista y el Partido Comunista de Argentina: Un debate sobre el Frente Popular (1937-1938). *Trabajo y sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, 36, 379-403.
Piro Mittelman, G. (2025). *El Partido Comunista y el Frente Popular. Política, cultura y sociedad en la Argentina de entreguerras*. Imago Mundi-CEHTI.
Pons, S. y S.A. Smith (eds.) (2017). *The Cambridge History of Communism: Volume 1: World Revolution and Socialism in One Country 1917–1941* (Vol. 1). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/9781316137024
Puigsech Farras, J. (ed.) (2025). *El frentepopulismo comunista entre Europa y Sudamérica, 1934-1943: Una mirada transnacional*. Marcial Pons Ediciones de Historia.
Reynoso, I. y H. Crespo (2025). *Nuevos estudios sobre el comunismo mexicano*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
Schelchkov, A. (2018). El difícil cambio hacia el Frente Popular: La Tercera Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos en Moscú (1934). *Izquierdas*, 43, 1-22. https://doi.org/10.4067/S0718-50492018000600001
Skocpol, T. y M. Somers (1980). The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry. *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2), 174-197.
Spenser, D. (2007). "*Unidad a toda costa": La Tercera Internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas*. CIESAS.
Traverso, E. (2009). *A sangre y fuego: De la guerra civil europea, 1914-1945*. Prometeo.

Vigreux, J. y S. Wolikow (eds.) (2026). *Les Fronts populaires: Une perspective mondiale*. Libertalia.

Worley, M. (ed.) (2004). *In Search of Revolution: International Communist Parties in the "Third Period"*. I.B. Tauris.